

producir otra cosa que una admirable crónica rimada.

Iguales y aun mayores inconvenientes presentaban los asuntos tomados de la pacífica vida colonial, apenas turbada por rápidas incursiones de piratas ingleses y holandeses, por competencias entre los diversos tribunales y jurisdicciones, por altercados de visitas y residencias, ó por leves conflictos domésticos, materia más bien de la comedia de capa y espada que del drama terrorífico y espeluznante que cultivaban con predilección los románticos.

Quedaba el inmenso tesoro de las tradiciones poéticas de España y de Europa, pero éstas llegaban ya muy de reflejo, y no era fácil que sintiese la poesía de las catedrales góticas y de los castillos feudales quien no había nacido á su sombra, y sólo había visto tales cosas en las páginas de Walter-Scott y de Zorrilla. Ni la severa y desornada arquitectura greco-latina del siglo XVI, á la cual pertenecen los primeros templos cristianos del Nuevo Mundo, era grande escuela para llegar á entender la poesía de las piedras, unida con el hechizo de la contemplación mística; ni en tierras vírgenes y exuberantes, donde la naturaleza parece que anonada al hombre y sus obras, podía existir aquella misteriosa penetración del paisaje y de la historia, que es uno de los mayores encantos de la poesía tradicional en Europa, poesía cuya clave sólo por refinado y erudito *dilettantismo* llega á obtener quien no ha nacido en sociedades agobiadas por el peso de larga historia.

Tales razones explican, á nuestro ver, el escaso y desmedrado fruto que cosechó el romanticismo en América, á lo menos en su primera y nativa forma, y por qué su acción fué más bien negativa y disolvente que posi-

tiva y fecunda como lo había sido en Europa. Ocasión habrá de ver confirmado todo esto cuando lleguemos al estudio de los poetas de Cuba y de la América del Sur, donde el romanticismo hizo más prosélitos y de más cuenta que en México, país de arraigadas tradiciones clásicas, á las cuales por uno ú otro camino vuelve siempre.

Hemos dicho que D. Fernando Calderón y D. Ignacio Rodríguez Galván fueron los principales románticos mexicanos, así en la lírica como en el teatro. Comparando sus producciones, nos parece descubrir en Calderón más talento dramático que lírico, en Rodríguez Galván más talento lírico que dramático.

Son pocas en número y de corto mérito (si hemos de decir lealmente lo que sentimos) las poesías líricas de Calderón. En las más antiguas, como *La Rosa marchita*, escrita en 1828, percíbese la influencia de Cienfuegos, precursor nebuloso y melancólico del romanticismo español. En las posteriores domina el estudio de Lamartine, de quien tradujo dos *Meditaciones*, y el de Espronceda, cuya canción del *Pirata* imitó, como tantos otros, en una que tituló *El Soldado de la libertad*, quedándose, naturalmente, á larga distancia:

Vuela, vuela, corcel mío,
Denodado;
No abatan tu noble brío
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado:
Y mil veces
Has oído
Su estallido
Aterrador,
Como un canto

De victoria,
De tu gloria
Precursor.
Entre hierros con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.
.....
Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu noble brio
Y hollar del tirano impio
El pendón abominado:
En su alcázar
Relumbrante,
Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
La herradura
Estamparás.....

Esta composición y *El Sueño del tirano*, pasan por las dos mejores de su autor. El tal *sueño* es una especie de pesadilla en que el consabido tirano ideal, «cansado de firmar proscipciones y decretar suplicios», que es su diaria tarea, se siente acosado por visiones de sangre y horror:

Y á un desierto se mira llevado
Donde el rayo del sol nunca brilla;
Una luz sepulcral, amarilla,
Allí esparce su triste fulgor.
Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta,
Con un sordo siniestro crujir:
Á su diestra y siniestra divisa
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos, del viento agitados,
Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre
Á sus plantas furioso bramando,
Y cabezas hirvientes nadando,
Que se asoman y vuelven á hundir:
Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
Y sus cóncavos ojos abriendo,
Brilla en ellos relámpago horrendo,
De infernal, espantoso lucir.....

Por esta muestra puede juzgarse de lo restante del paño. No faltan, por supuesto, ni los dientes rechinando, ni los cárdenos labios, ni el gigantesco fantasma circundado de fuego, que muestra al tirano con dedo descarnado una espantosa sima llena de llamas, por entre las cuales los demonios asoman la cabeza y prorrumpen en horrendas carcajadas para saludar al réprobo. Cuántos disparates se encuentran esparcidos en nuestros periódicos románticos de 1834 y 35, otros tantos se hallarán reunidos en esta composición.

Muy diferente cosa son sus obras dramáticas, en que hay interés, buen gusto, acentos de pasión, sentimientos nobles y caballerosos que F. Calderón realmente poseía, y que sin esfuerzo traslada á sus personajes. Es cierto que no pasan de ensayos, porque un teatro nacional no se improvisa, y menos con elementos tan exóticos como los que entraron en la composición de *El Torneo*, de *Ana Bolena* y de *Hernán ó la vuelta del cruzado*; pero son ensayos muy literarios de un hombre, que si no conocía mucho las tablas, había leído con provecho las obras del romanticismo español, y especialmente las de García Gutiérrez, que parece haber sido su principal modelo. De los tres dramas, quizá el de asunto histórico es el mejor. Dejó también una agradable comedia, *Á ninguna de las tres*, no en el género de Go-

rostiza, sino en el de Bretón de los Herreros, cuya popularidad inmensa en todos los países de lengua castellana había eclipsado enteramente la de su predecesor aun en México mismo, donde Gorostiza vivía bastante olvidado de sus antiguos triunfos dramáticos (1).

Rodríguez Galván nos parece muy superior á F. Calderón, no ciertamente por sus tremebundos melodramas *Muñoz visitador de México, El Privado del Virrey, La Capilla*, sino por sus poesías líricas, no exentas de defectos é incorrecciones, pero sinceras, vehementes y apasionadas, así en la expresión del amor como en la del odio. Su vida fué una cadena de desdichas: tuvo que educarse á sí mismo entre mil fatigas y privaciones: luchó con la miseria sin llegar á vencerla: fué infelicísimo en sus amores, y todo ello comunicó á sus versos una amargura y un pesimismo que nada tienen de convencionales, y que se acrecentaron grandemente con el espectáculo de anarquía y desenfreno político en que vivía su patria, haciéndole prorrumpir en invectivas atro-

(1) Nació D. Fernando Calderón en Guadalajara de Jalisco en Julio de 1809, y falleció en 11 de Enero de 1845 en la villa de Ojocaliente. Fué licenciado en leyes, y ejerció altos cargos políticos y militares en el Estado de Zacatecas, figurando siempre en el partido avanzado, por el cual combatió en 1835 contra el Gobierno del Presidente Santa-Anna, siendo gravemente herido en la batalla de Guadalupe. En México formó parte de la Academia Poética de San Juan de Letrán, y se hizo amigo de Heredia. Sus poesías se publicaron después de su muerte, primero en 1844, y luego en 1849, esta segunda vez con un prólogo de Pesado. La última edición que tenemos á la vista es la de París, 1883, por A. Donnamette, que forma parte de la *Biblioteca de Autores Mexicanos*.

No figuran en la colección de las obras de Calderón sus dramas juveniles *Reinaldo y Elisa, Zadig, Zeila, Armandina, Ramiro Conde de Lucena, Ifigenia, Hersilia, Virginia, Los políticos del día*, etc., que por los años 1826 y 27 fueron representados con aplauso en Guadalajara y Zacatecas.

ces y formidables maldiciones, como éstas que copiamos de una escena de *El Privado del Virrey*:

Se hundirá esta colonia, de aventureros presa
Donde más el dinero que las virtudes pesa,
Donde por un empleo trueca un hombre su honor;
Donde su voto vende un torpe magistrado,
Y la honra de una virgen se compra en un estrado
Y es casa de comercio el templo del Señor.....

.....
Se hundirá esta colonia, de crímenes al peso,
Cual ebrio á quien derriba de vinos el exceso,
Y á los padres los hijos furiosos lanzarán;
Y tras la tiranía vendrá el libertinaje:
El déspota es el mismo, si con diverso traje:
Donde un señor había, diez mil se encontrarán.
Hijos de tales padres, por las sendas impuras
De avaricia y torpeza caminarán á obscuras,
Y en fiestas crapulosas los hallará la luz,
Y habrá tras vino sangre en lucha de exterminio:
Torpes en sus placeres, torpes en su dominio,
Enlazarán profanos la espada con la cruz.
Á robo y muerte expuestos los buenos ciudadanos,
¡Devorándose ansiosos, padres, hijos, hermanos!
Cada año un gobernante, cada mes un motín.
Ingratos, y traidores, y vanos y salvajes,
Á la virtud humilde agobiarán á ultrajes,
Hasta que Dios colérico los anonade al fin.

Muy rara vez suenan en la lira de Galván más apacibles acentos: su fuerza mayor está en la invectiva frenética y desbordada, pero abusa de ella y la desquicia á veces, produciendo un efecto risible. Su canción de *El Buitre* es de lo más selecto y chistoso que produjo el romanticismo truculento y antropofágico. El autor dice entre otras cosas á cual más estupendas:

¡Cómo envidia del buitre la garra,
Cuyo oficio es herir y matar!
Cuando él halla la presa que busca
Se encarniza con ella rabioso:

Si yo buitre naciera espantoso,
Mi venganza me hiciera inmortal.

Me engañó con fingidos halagos
La mujer que adoré con ternura:
No mirara, cual hoy, su hermosura,
Estrechada de aleve rival:

Pues sobre ellos veloz me lanzara,
Esgrimiendo mis uñas gozoso

.....
Su alma negra impaciente arrancara,
En su cuerpo cebándome ansioso

.....
Cuando encima de toda la tierra
Mar inmenso de sangre mirara,
Satisfecho en sus ondas nadara
Deste mundo infeliz dueño ya.

Y en la sangre mis alas tendiendo,
Entre sangre tuviera reposo:
Si yo buitre naciera espantoso,
Mi venganza me hiciera inmortal.

En la exaltación de su fantasía potente, pero desequilibrada, Rodríguez Galván llegó á creerse una especie de vidente de la Ley Antigua, con el mandato sobrenatural de intimar á los tiranos el anatema. Daba un baile el Presidente de la República en 1841, é inmediatamente Galván, firmándose *Fecónias*, venía á escribir su *Mane, Thecel, Phares*, en versos vigorosísimos, y que realmente tuvieron algo de profético:

Bailad, mientras que llora
El pueblo dolorido,
Bailad hasta la aurora
Al compás del gemido
Que á vuestra puerta el huérfano
Hambriento lanzará.
Bailad, bailad.

.....
Soldados sin decoro
Y sin saber nos celan:
Adonde dan más oro

Allí rápidos vuelan:
En la batalla tórtolas,
Buitres en la ciudad.

.....
Ya por Tejas avanza
El invasor astuto:
Su grito de venganza
Anuncia triste luto
Á la infeliz república
Que al abismo arrastráis.

.....
El bárbaro ya en masa
Por nuestros campos entra,
Á fuego y sangre arrasa
Cuanto á su paso encuentra,
Deshonra á nuestras vírgenes,
Nos asesina audaz.

.....
Europa se aprovecha
De nuestra inculta vida,
Cual tigre nos acecha
Con la garra tendida,
Y nuestra ruina próxima
Ya celebrando está.

.....
En la *Profecía de Guatimoc*, que insertamos íntegra en esta *Antología* á pesar de su extensión, porque es sin disputa la obra maestra del romanticismo mexicano, está Rodríguez Galván de cuerpo entero y en el momento más feliz de su inspiración. Si hubiera escrito siempre así, le faltaría poco para ser gran poeta. La parte descriptiva de esta composición es admirable y recuerda sin desventaja los mejores trozos de Heredia en *El Teocalli de Cholula*. La parte política es de inflamada elocuencia. No sirve aquí la apoteosis de Guatimozin, como en otros poetas mexicanos, de pretexto para declamaciones contra la antigua España. El autor sabe muy bien que de otra parte viene el peligro, y en

presencia de las insolentes amenazas de Francia y de Inglaterra y de las depredaciones de los *yankees*, echa de menos á los conquistadores, «varones invencibles, si crueles», y si evoca la sombra del heroico defensor de Tenuxtitlán, es para hacerle clamar una y otra vez con voz de angustia:

¿Dónde Cortés está, dónde Alvarado?

El poeta sólo confía en el cumplimiento de la justicia eterna, y lo dice con imágenes de grandeza bíblica, y aun traídas de la Biblia literalmente:

El que del infeliz el llanto vierte,
Amargo llanto verterá angustiado;
El que huella al endeble será hollado;
El que la muerte da, recibe muerte;
Y el que amasa su espléndida fortuna
Con sangre de la víctima llorosa,
Su sangre beberá si sed lo seca,
Sus miembros comerá si hambre lo acosa.

Basta esta composición para dar alto puesto á Rodríguez Galván entre los poetas mexicanos, pues aunque sea de los más desiguales, es también de los más inspirados. Relámpagos de alta poesía hay también en otras composiciones suyas, especialmente en *El Tenebrario* y en los bellos tercetos *Eva ante el cadáver de Adán* (1).

La estancia en México de Heredia, mayor poeta que

(1) Nació D. Ignacio Rodríguez Galván en el pueblo de Fizayuca en 22 de Marzo de 1816, y murió del vómito negro el 25 de Junio de 1842 en la Habana. Sus obras líricas y dramáticas fueron publicadas en dos volúmenes por su hermano D. Antonio en 1851. La edición que tenemos á la vista, también en dos volúmenes, es la de París, Donnamette, 1883, que forma parte de la *Biblioteca de Autores Mexicanos*. Hizo Rodríguez Galván varias traducciones é imitaciones de mérito (salmos 89 y 135, himno de la *Pasión* y coro del *Carmagnola*, de Manzoni; fragmentos del *Aristodemo*, de Monti, y del *Luis XI*, de Delavigne; *El Angel y el niño*, de Réboul; *Un rayo de luna*, de La-

ninguno de los citados, pero poeta clásico en medio de sus libertades é incorrecciones, al modo que la palabra clásico se entendía en España á fines del siglo pasado, en el tiempo y en la escuela de Cienfuegos y de Quintana, contribuyó á retrasar, ó más bien á impedir el triunfo de la invasión romántica. En tales circunstancias, la aparición de los primeros versos de D. José Joaquín de Pesado y de D. Manuel Carpio, tuvo, además del valor intrínseco de ambos poetas, notables entre los

martine, etc.). Dejó incompleto un cuento ó leyenda titulada *Nuño Almazán*, que tiene bellas octavas.

Creemos inútil entrar en el estudio de otros románticos inferiores, tales como Félix M. Escalante, que á lo menos mostró condiciones de versificador numeroso; José María Lafragua, autor de unos famosos versos á *Iturbide*, que el mismo Altamirano, tan apasionado de toda cosa mexicana y tan poco amigo del nombre español, no duda en calificar de *prosaicos y detestables*, á pesar del interés patriótico del asunto (*); Francisco Granados Maldonado, más conocido que por sus versos originales, por su traducción de Milton; Marcos Arroniz, á quien considera Pimentel como representante del ultrarromanticismo pesimista; Juan Díaz Covarrubias, que tuvo la extraña franqueza de calificar su propia poesía de «exagerada y viciosa», añadiendo que «no podía menos de sembrar malos gérmenes en el corazón de la juventud»; murió fusilado en Tacubaya, en 1859, con otros médicos que cumplían su misión humanitaria; sus versos fueron coleccionados aquel mismo año con el título de *Páginas del corazón*. Se le llama *el poeta mártir*.

Como autor de leyendas y romances se elogia, principalmente, al poeta de Jalapa, D. José Jesús Díaz, padre del Díaz Covarrubias antes mencionado (1809-1846). Citanse como las mejores, *La Cruz de madera*, *El Puente del Diablo*, *La Toma de Oaxaca*, *El Cura Morelos*. Hombre de tan buen gusto como D. José María Roa Bárcena, ha llegado á decir de Díaz: «Es autor de romances de nuestra guerra de Independencia, que no tienen igual en México y que no se habría avergonzado de firmar el Duque de Rivas.» Ha dejado también gran fama como poeta descriptor de la rica y exuberante vegetación de Jalapa. Sus poesías líricas no han sido coleccionadas, y lo poco que conocemos de ellas no basta para caracterizarle.

Como poetas dramáticos de este tiempo, citase, aunque sin particular elogio, á Carlos Hipólito Serán, Ignacio Anievas, Pantaleón Tovar.

(*) Prólogo á *El Romancero Nacional*, de Guillermo Prieto.

mejores que ha producido América, un valor histórico y relativo todavía mayor. «Al ejemplo de ambos (escribe D. José Bernardo Couto, biógrafo de Carpio), deben las letras el renacimiento de la poesía en México; la sociedad y la religión les deben el que sus hermosos versos hayan servido de vehículo para que se propaguen pensamientos elevados y afectos nobles.» En efecto, la influencia de ambos poetas fué social y religiosa, al mismo tiempo que literaria. Profundamente cristianos uno y otro, dedicaron la mejor parte de sus tareas al enaltecimiento de la fe que profesaban, y á hacerla llegar viva y ardiente al ánimo de sus lectores. De aquí su preferencia por los asuntos bíblicos; de aquí también la saña é intransigencia con que el fanatismo anticatólico, que parece haberse enseñoreado de México en estos últimos años, procura amenguar y obscurecer la fama de ambos poetas, especialmente la de Pesado, en quien concurrió además la circunstancia de haber sido liberal exaltado en sus primeros años y ardiente controversista ultramontano en su edad madura; conversión que nunca le perdonaron sus antiguos correligionarios, porque en México los odios políticos y religiosos, especialmente en la época llamada de las leyes de *Reforma*, llegaron á un grado de fiereza de que sólo podemos formar alguna idea retrocediendo á los tiempos más crudos de nuestra primera guerra civil. En la memoria del poeta Pesado se persigue, sobre todo, la memoria del valeroso director de *La Cruz*, del que lidió al lado del Obispo de Mechoacán, Munguía, las más formidables batallas en pro de la inmunidad eclesiástica, de la unidad religiosa y del espíritu cristiano en las leyes. Porque no se ha de perder de vista que Pesado, además de poeta, fué exce-

lente periodista político-religioso, con tendencias análogas á las de Balmes y Quadrado entre nosotros.

Á este motivo no literario se añade, sin duda, el cambio de gusto que en México se ha verificado en estos últimos años, la reacción que en la mayor parte de los literatos jóvenes se advierte contra la poesía que motejan de culta y académica, y la tendencia cada vez más sistemática, no á crear una literatura nacional, que por ninguna parte acaba de aparecer, sino á huir de los antiguos modelos latinos, italianos y españoles, para entregarse con supersticiosa veneración al culto de la novísima literatura francesa. Pesado, por su importancia de jefe de escuela, por los aventajados aunque escasos discípulos que todavía siguen su manera, por el gusto enteramente español de sus versos, por su respeto á todo género de tradiciones, ha tenido que ser la primera víctima de aquellos sectarios fanáticos, que alardeando de mucha independencia literaria, son los primeros en no respetar la legitimidad de todas las formas, que en el proceso histórico del arte se han sucedido distinguiendo en ellas lo bello y permanente de lo accidental y transitorio.

Una de las acusaciones que con más frecuencia y no sin algún viso de fundamento se repiten contra Pesado, es la de falta de originalidad, no ya en los asuntos sino en las imágenes y en los versos. Como no se le pueden negar sus evidentes cualidades de versificador terso y puro, ni aquella «vívida claridad de su mente y blanda ternura de su corazón» que en él reconocía nuestro Pacheco (1), fácilmente se sale del paso con llamarle pla-

(1) Vid. su estudio acerca de Pesado, inserto en *La Concordia* (1864).